

## ¡FELIZ AÑO NUEVO!

A los presbíteros, a las personas consagradas y a los fieles laicos de la Iglesia de Tánger:

Paz y Bien.

El año que está comenzando, aunque por costumbre lo llamemos nuevo, en realidad empieza viejo como el que acabamos de despedir.

Nuestro año tiene apenas unos días, y ya hemos oído hablar de terrorismo, de guerras, de represalias, de venganzas; ya empezamos a contar las víctimas de la violencia doméstica, del consumo de droga, de la irresponsabilidad en las carreteras, de la seguridad en las fronteras. Nuestro año ha nacido viejo como el hambre y la injusticia, como el odio y la envidia, como la ambición y la mentira, como la cólera, como la muerte, viejo como nosotros y nuestro mundo.

Comprendo la turbación que el creyente experimenta ante una realidad así de dura y amarga, que además, por vieja, puede parecer la única realidad posible, y es por sosegar las moradas y llenar de esperanza las miradas, por lo que creo oportuno compartir con vosotros unas reflexiones hechas a la luz de la fe. Nacieron hace años como reflexión para unos Ejercicios Espirituales, fueron usadas en su momento como “*variación*” sobre el tema de la pobreza franciscana, y vuelvo ahora a sacarlas a la luz como ayuda espiritual para quienes empezamos el año amenazados, más que por las innumerables pobrezas nacidas del pecado, por el pecado que de todas ellas es la madre monstruosa.

***DICHOSOS VOSOTROS, LOS POBRES, PORQUE VUESTRO ES EL REINO DE DIOS  
(LC 6, 20)***

Supongo que, en un mundo en el que la felicidad se ve asociada necesariamente a la salud de que goza una persona, a la belleza de la que puede presumir, a las riquezas de que puede disponer, al placer que se puede procurar, con mucha dificultad podemos los cristianos, hombres y mujeres de este tiempo, entender la relación que Jesús de Nazaret establece entre la dicha, o bienaventuranza, o felicidad, y los pobres, dígase los que sufren, los que carecen de bienes, esos que producen desazón en quien los encuentra, o aquellos otros que padecen una enfermedad que acabará derrotándolos.

Y, sin embargo, las palabras de la bienaventuranza continúan ahí, desafiando la incredulidad y amenazando nuestros valores de ciudadanos con los pies en la tierra, razonablemente acomodados en la realidad.

Esta visión de la pobreza como fuente de dicha y forma de vida, puede parecer infantilmente ingenua o sencillamente absurda; puede parecer un intento vano de atrapar un sueño, un deseo inmaduro de abandonar la realidad para subir a una fantasía; puede parecer que se trate sólo de una locura. En efecto, cosa de locos parece que, para alcanzar la felicidad, echemos a andar decididos por el camino de la pobreza. Pero no es nada de eso. Se trata únicamente de hacer un viaje al país de la fe.

## **Una pobreza dichosa, a la que todos fuimos llamados: El gozo del don de Dios.**

El primer paso de nuestro viaje, lo podríamos describir así: «*Al principio fue el don de Dios*».

*El Señor Dios plantó un jardín en Edén... y colocó en él al hombre que había modelado. El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles, hermosos de ver y buenos de comer; además, el árbol de la vida en mitad del jardín y el árbol de conocer el bien y el mal... El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín para que lo guardara y lo cultivara (Gen 2, 8-9. 15).*

*Dios bendijo a Noé y a sus hijos diciéndoles: - Creced, multiplicaos y llenad la tierra. Todos los animales de la tierra os temerán y respetarán: aves del cielo, reptiles del suelo, peces del mar, están en vuestro poder. Todo lo que vive y se mueve os servirá de alimento: os lo entrego lo mismo que los vegetales... Creced y multiplicaos, rebullid por la tierra y dominadla... Yo hago un pacto con vosotros y con vuestros hijos (Gen 9, 1-3. 7.9).*

*Vete, reúne a las autoridades de Israel y diles: El Señor Dios de vuestros padres, de Abrahán, de Isaac y de Jacob, se me ha aparecido y me ha dicho: Os tengo presentes y veo cómo os tratan los egipcios. He decidido sacaros de la opresión egipcia y llevaros al país de los cananeos... a una tierra que mana leche y miel (Ex 3, 16-17).*

*Cuando el Señor tu Dios te introduzca en la tierra buena, tierra de torrentes, de fuentes y veneros que manan en el monte y la llanura; tierra de trigo y cebada, de viñas, higueras y granados, tierra de olivares y de miel; tierra en que no comerás tasado el pan, en que no carecerás de nada, tierra que lleva hierro en sus rocas y de cuyos montes sacarás cobre; entonces, cuando comas hasta hartarte, bendice al Señor tu Dios por la tierra buena que te ha dado (Dt 8, 7-10).*

El Libro sagrado que nos introduce a través de sus páginas en el país de la fe, nos presenta al Señor Dios amorosamente entregado desde el principio a una prodigiosa actividad creadora. De él se dice que plantó un jardín, tomó al hombre y lo colocó en el jardín que había plantado, hizo brotar del suelo toda clase de árboles, bendijo al hombre, hizo alianza con el hombre...

El Señor Dios es también el sujeto del pacto con la humanidad nueva que representan Noé y sus hijos, y de la promesa a los hijos de Israel en Egipto, y de la alianza con ellos en el monte Sinaí.

El hombre mismo que Dios modela con sus manos; el jardín en el que Dios coloca al hombre; la tierra que el Señor entrega a Noé, cabeza de una humanidad renovada; la tierra de la abundancia, que mana leche y miel, y que el Señor promete al pueblo de los esclavos que él libera del poder del Faraón; la bendición que acompaña siempre a la humanidad que Dios renueva y recrea con su brazo poderoso, todo ello, *todo es de Dios y todo ello, todo es para el hombre.*

En el país de la fe, el adjetivo subjetivo “*de Dios*”, no es, como en el país del realismo juicioso, un complemento de posesión, sino un complemento de oblación. La actividad creadora de Dios no hace que él tenga, sino que nosotros seamos.

En la condición original del hombre, es decir, en aquella condición que la gracia le asignó según el proyecto eterno de Dios, y que el Libro sagrado describió como una experiencia de felicidad en un jardín de delicias, una experiencia de comunión en una tierra purificada, una experiencia de libertad en una tierra de abundancia, en aquella condición original, todo lo que es de Dios es para el hombre, pues todo lo pone el Señor a disposición del hombre, que goza de la belleza del jardín, gusta de sus frutos, cultiva

su abundancia, se beneficia de una perfecta comunión con el mundo que le rodea y disfruta de un espacio adecuado para el ejercicio de su libertad.

En aquella condición primera hallamos fruición sin apropiación, abundancia sin riqueza, pues el hombre, que de todo goza, nada posee.

En aquella condición primera se da al hombre un ámbito de libertad. En efecto, mientras el hombre acoge la tierra, el jardín, como un don de Dios, como regalo, como *palabra de amor pronunciada por otro*, se mueve allí con entera libertad. Pero cuando el hombre *se apodera* de la tierra -del jardín, del paraíso- negándole así su carácter de **don** e ignorando el mensaje de amor que contiene, entonces será presa del miedo y de la vergüenza, y se esconderá.

En aquella condición primera se da al hombre un ámbito de diálogo con Dios, de encuentro y de comunión con él. En efecto, mientras el hombre acoge la tierra -el jardín- como un don de Dios, se mantiene abierto un diálogo de amor: Dios ama al hombre, y se lo dice dándole la tierra; el hombre ama a Dios, y se lo dice gozando de la tierra.

### **Una pobreza amarga, que nace del pecado.**

En nuestro viaje al país de la fe, el segundo momento lo podríamos describir así: *«Pero el hombre se apoderó del don de Dios».*

*La mujer cayó en la cuenta de que el árbol tentaba el apetito, era una delicia de ver y deseable para tener acierto. Cogió fruta del árbol, comió y se la alargó a su marido, que comió con ella (Gen 3, 6).*

*Vamos a construir una ciudad y una torre que alcance al cielo (Gen 11, 4).*

***Guárdate de olvidar al Señor, tu Dios, de no cumplir los preceptos, mandatos y decretos que yo te mando hoy. No sea que cuando comas hasta hartarte, cuando te edifiques casas hermosas y las habites, cuando críen tus reses y ovejas, aumenten tu plata y tu oro y abundes de todo, te vuelvas engreído y te olvides del Señor tu Dios que te sacó de Egipto... Y no digas: Por mi fuerza y el poder de mi brazo me he creado estas riquezas (Dt 8, 11-15.17).***

Me van a permitir que describa el pecado del hombre -el primero y el último, el más de Adán y el más mío- como *paso que damos desde la fruición agradecida del don de Dios a la apropiación engreída.*

Las cosas que eran *de Dios*, porque Él les daba el ser, ahora son *del hombre*, porque el hombre las posee, las ha hecho suyas. Dios da, ofrece, hace surgir... El hombre se apodera de, acapara, almacena...

Las cosas, que en la condición primera del hombre eran voceros de una relación de amor, se quedan ahora mudas. Son **mías**, y porque son mías, ya no hablan del ningún otro.

Las cosas que el amor de Dios había dado al hombre para que gozara de ellas en libertad, se transforman, por la voluntad de apropiación, en cadenas que lo esclavizan. Por la ambición de poseer lo que desea, el hombre mentirá, matará...

*Se les abrieron los ojos, y descubrieron que estaban desnudos... Oyeron al Señor Dios, que se paseaba por el jardín tomando el fresco. El hombre y su mujer se escondieron entre los árboles del jardín, para que el Señor Dios no los viera... (El hombre) contestó: Te oí en el jardín, me entró miedo porque estaba desnudo, y me escondí... (El Señor Dios dijo a la mujer): Mucho te haré sufrir en tu preñez, parirás hijos con dolor, tendrás ansia de tu marido y él te dominará. Al hombre le dijo: ... maldito el suelo por tu culpa: comerás de él con fatiga mientras vivas; brotará para ti cardos y espinas y comerás hierba del campo.*

*Con sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella te sacaron; pues eres polvo y al polvo volverás (Gen 3, 7-8.10.16-19).*

Las imágenes con las que el Libro sagrado describe la nueva situación del hombre son significativas y bellas cuanto lo habían sido las que describían su condición primera. Ahora el hombre, que Dios había creado varón y hembra, se ve desnudo con vergüenza, tiene miedo de Dios, padece la dicha de la maternidad, y come con fatiga de un suelo maldito... Adán, el hombre que quiso ser como Dios, el hombre que quiso apropiarse de la divinidad, transformó el paraíso en un desierto, el jardín en un erial, un proyecto de vida en un destino de muerte.

*Caín atacó a su hermano Abel y lo mató (Gen 4, 8).*

*Al ver el Señor que en la tierra crecía la maldad del hombre y que toda su actitud era siempre perversa, se arrepintió de haber creado al hombre en la tierra, y le pesó de corazón. Y dijo: -Borraré de la superficie de la tierra al hombre que he creado... (Gen 6, 5-7).*

Las imágenes que describen la nueva situación nos permiten ver el mal que crece hasta hacerse universal: al hombre lo envuelve una perversidad universal; al hombre lo sumerge un diluvio universal... En Caín, el hombre que quiso apropiarse de la mirada complacida de Dios, la voluntad de apropiación engendra la envidia, el odio, la violencia homicida, una violencia que es siempre fratricida, pues no hay hombre que no sea hermano del hombre.

*El Señor los dispersó por la superficie de la tierra y dejaron de construir la ciudad (Gen 11, 8).*

La humanidad que quiso apoderarse del cielo, levantando una torre que llegase hasta él, mudó la situación de entendimiento en caos, confusión, desunión y dispersión.

*Levantaron ermitas al Horno (Tófet) en el Valle de Ben Hinón para pasar por el fuego a hijos e hijas, cosa que yo no mandé ni se me pasó por la cabeza; por eso, mirad que llegan días en que ya no se llamará el Horno ni Valle de Ben Hinón, sino Valle de las Ánimas, pues enterrarán en el Horno por falta de sitio; y los cadáveres de este pueblo serán pasto de las aves del cielo y de las bestias de la tierra, sin que nadie las espante... El país será un desierto (Jr 7, 31-34).*

Aquí las imágenes del Libro sagrado nos ponen delante de los ojos una visión de destrucción: El Valle de las Ánimas, cadáveres sin enterrar, una tierra de abundancia convertida en un desierto. La humanidad que quiso controlar a Dios mediante la idolatría, sólo consiguió atraer sobre ella la desolación y la muerte.

Ésta es la pobreza que Dios no quiso para el hombre.

Éste es el mundo que el hombre escogió para sí con su voluntad de apropiación.

En este mundo 'nuevo', inesperado, sorprendente y amargo, todavía es posible el diálogo del hombre con Dios. Antes, la abundancia y la fruición, el paraíso y la libertad eran los vocablos elocuentes de un encuentro confiado entre Dios creador y su criatura el hombre. Ahora, aunque la escasez y el dolor son realidades que marcan con su sello una tierra agostada y árida, ésta no dejará de ser un posible lugar de encuentro entre Dios y el hombre.

*Yahvé miró propicio a Abel y su oblación (Gn 4, 4).*

*Noé fue el varón más justo y cabal de su tiempo. Noé andaba con Dios (Gn 6, 9). Noé construyó un altar a Yahvé, y tomando de todos los animales puros y de todas las aves puras, ofreció holocaustos en el altar (Gn 8, 20). Dios bendijo a Noé y a sus hijos (Gn 9, 1).*

*Yahvé dijo a Abram: Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendecirá. Engrandeceré tu nombre, que servirá de bendición (Gn 12, 1-2).*

En este mundo impregnado de amarga novedad, mundo herido por el pecado, se ha mudado la calidad del “todo”, pero aún se puede decir con verdad que “todo es de Dios” y que “todo es para el hombre”.

### **El pecado, génesis continuada de una pobreza que Dios no quiere para los hombres.**

El pecado –la apropiación-, antes de engendrar muerte, engendra envidia, odio, violencia.

*El Señor se fijó en Abel y en su ofrenda más que en Caín y en su ofrenda. Por lo cual Caín se enfureció y andaba cabizbajo... Caín atacó a su hermano Abel y lo mató (Gn 4, 5. 8).*

Caín, el hombre que quiso apropiarse de la mirada benevolente de Dios, olvidó la gratuidad de esa mirada, que es siempre don y que, por eso mismo, es siempre expresión de amor.

Nos damos cuenta de que, cuanto más el hombre se adentra por los caminos de la apropiación, más se pierde a sí mismo, más se angustia, más se destruye y se empobrece.

En el Libro santo podemos encontrar ejemplos numerosos y muy significativos de esa relación, que ya no nos parece carente de lógica, entre apropiación y muerte, entre hacerse dueño de las cosas y padecer con ello una pobreza sombría y destructiva.

Viene a la memoria la historia de José vendido por sus hermanos, celosos del cariño que recibía de su padre, envidiosos de sus sueños, y cargados de odio por los celos y la envidia.

*Sus hermanos vieron que su padre lo amaba más que a todos ellos, y le cobraron tal odio que no podían hablarle con cariño (Gn 37, 4).*

*Y le odiaban todavía más por sus sueños y por sus palabras (Gn 37, 8).*

Todos recordamos la tempestad que poco a poco fue levantando en el corazón del rey Saúl la voluntad de apropiación de los dones de Dios. También él, como Caín, ofreció el holocausto y sacrificios de reconciliación (Cf. 1 Sam 13, 9); también él, con aquel sacrificio, quiso apropiarse de la protección divina y, como Caín, tropezó con la soberana libertad de Dios (Cf. 1 Sam 13, 10-14). Rechazado por Dios, Saúl intentará apropiarse de la realeza que había recibido de Dios como un don. Y también él, como Caín, devorado por la envidia se verá impulsado a matar (Cf. 1 Sam 18, 8-12).

Ejemplo doloroso de esa pobreza atroz que nace del pecado lo ofrece la trama homicida del rey David contra Urías el hitita, para apoderarse de su mujer (Cf. 2 Sam 11, 1-17); la trama del rey Ajab y su mujer Jezabel contra Nabot de Yezrael, para apoderarse de su viña (Cf. 1 R 21, 1-16); la trama de Herodes contra un niño, para apropiarse de la realeza que a ese niño le corresponde, y que el rey confunde con la propia (Cf. Mt 2, 1-18).

Y si, por un momento, dejamos el Libro santo y nos fijamos en nosotros mismos y en el mundo que nos rodea, nos damos cuenta de que nuestra voluntad de tener, poseer, almacenar, la voluntad de hacernos a nosotros mismos dueños y señores de lo que a todos fue ofrecido como regalo maravilloso de Dios, esa voluntad genera sólo hambre, sufrimiento y muerte: hombres y mujeres explotados, esclavizados, drogados, aniquilados. Caín continúa matando a Abel, los hijos de Jacob continúan vendiendo a su hermano José, David continúa asesinando a Urías, Ajab con Jezabel siguen conspirando para lapidar a Nabot, y Herodes no deja de matar niños inocentes.

Ésas son las cosas, siempre las mismas cosas, que hacen viejos todos nuestros años.

## **La pobreza que Dios no quiso para nosotros, la quiso compartir con nosotros.**

Volvemos al Libro santo. Ya nos ha iluminado sobre el camino del hombre y la meta de ese camino: Quiso el hombre ser como Dios, y se perdió en la muerte; quiso alcanzar el cielo, y se perdió en la confusión; quiso dominar, poseer y acaparar, y se perdió en una terrible esclavitud.

Ahora consideramos el camino recorrido por la Palabra de Dios hecha carne, el Hijo único de Dios, que está en el Padre y que nos lo ha dado a conocer (Cf. Jn 1, 14. 18).

*Vosotros ya conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para enriqueceros con su pobreza (2 Cor 8, 9).*

Reconocemos, a la luz de la fe, que hubo una riqueza pretendida, la de Adán, que nos empobreció, y que hay una pobreza abrazada, la de Cristo, que nos enriqueció.

Reconocemos, a la luz de la fe, que el hombre viejo, Adán, con su orgullosa pretensión de escalar el cielo, nos precipitó humillados en el abismo; y confesamos que el hombre nuevo, Cristo, abrazando en humildad la pobreza de la condición humana, nos llevó consigo a la gloria:

*Procurad tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, teniendo la naturaleza gloriosa de Dios, no consideró como codiciable tesoro el mantenerse igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la naturaleza de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y, en su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobremanera y le otorgó un nombre que está sobre cualquier otro nombre, para que al nombre de Jesús doblen su rodilla los seres del cielo, de la tierra y del abismo, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre (Flp 2, 5-11).*

Una primera nota para caracterizar el camino del Hijo de Dios hacia el hombre la podríamos describir así: «*El Hijo de Dios no comparte con el hombre la voluntad de apropiación.*»

En efecto, Jesús de Nazaret no será nunca antagonista de Herodes, ni pretenderá nunca ocupar el lugar de Anás o de Caifás en la jerarquía del sacerdocio levítico, ni representará nunca una alternativa de poder para la corona imperial del emperador romano. Jesús no pretenderá nunca valerse de su condición de Hijo de Dios para que el poder del Padre se ponga al propio servicio o al servicio de la misión que le ha sido confiada. Y de la misma manera que no manipula al Padre del que procede, Jesús no manipula tampoco a los hombres a quienes es enviado: Llamará a sus discípulos, invitará a todos a la conversión, ofrecerá a todos el banquete del reino, y dejará que tomen con libertad sus decisiones Judas, que lo traicionará, los siervos del Pontífice que lo prenderán, los discípulos que lo abandonarán, Pilato que lo condenará, los soldados que lo crucificarán.

Una segunda nota que a mi modo de ver describe el camino del Hijo de Dios hacia el hombre, la expresaríamos así: «*El Hijo de Dios comparte con los hombres la pobreza que es propia del hombre.*»

El Hijo de Dios se hizo pobre. Vuelven a la mente las palabras del apóstol Pablo: *Se despojó de su rango, tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Se rebajó hasta someterse a la muerte y muerte de cruz.*

Nació pobre, también por haber nacido en Belén y de aquellos padres y en aquellas circunstancias, pero sobre todo por haber nacido hombre; y el que pobre había nacido, pobre se halló desterrado en Egipto, pobre vivió en Nazaret, pobre recorrió los caminos de su ministerio mesiánico, y pobre murió en Jerusalén.

Y, sin embargo, esa pobreza abrazada, que en la tierra de los hombres razonables y juiciosos hubiera sido considerada una desdicha, en el país de la fe es vista como fuente de alegría:

*Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador (Lc 1, 46-47).*

*No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un salvador, el Mesías, el Señor (Lc 2, 10).*

*(Zaqueo) se apresuró a bajar y le recibió con alegría (Lc 19, 6).*

*Como ellos no acabasen de creerlo a causa de la alegría y estuviesen asombrados, les dijo: “¿Tenéis aquí algo de comer?” (Lc 24, 41).*

En realidad, de la vida entera de Jesús de Nazaret, tan profundamente marcada por la pobreza y el dolor, parecen brotar inextinguibles la paz y el bien, la libertad y la alegría.

El Hijo de Dios vino para los pobres. Es bien cierto que el Hijo de Dios se hizo hombre para salvar al hombre. Es bien cierto que el Hijo de Dios vino a salvar lo que estaba perdido, es decir, a toda la familia humana, sin que nadie, ni uno solo, quedase fuera del amor redentor del Padre y de la obra redentora del Hijo y de la acción santificadora del Espíritu Santo. Pero es igualmente cierto que, quien vino para salvar a una humanidad postrada y pecadora, sólo es acogido por quien se reconoce postrado y pecador. Y en ese sentido creo que podemos decir con verdad que el Hijo de Dios se hizo hombre para los pobres: Para leprosos, lisiados, paralíticos y ciegos, para adúlteros y prostitutas, para ladrones y endemoniados. Se manchará con los leprosos, tocándolos antes de limpiarlos; bajando hasta los dominios de la muerte, se hará paralítico y ciego; acusado de blasfemia, que es una especie de idolatría y de ruptura de la alianza con el Dios de Israel, será eliminado de su pueblo; será acusado de valerse del poder del demonio; y como salteador y malhechor, será crucificado entre salteadores y malhechores.

Y, sin embargo, allí donde este malhechor maldito es acogido por la fe de los pobres, allí brotan la justicia y la paz, la reconciliación y la alegría, la salud y el asombro.

Pero hay todavía algo más: El Hijo de Dios está en los pobres. No fue la vida de Jesús de Nazaret un paréntesis benevolente en la disposición de Dios con relación a los pobres, sino que fue la manifestación definitiva y plena de lo que Dios es siempre para ellos: **Es Dios quien es pobre en cada pobre.**

*Venid, benditos de mi padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed... Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer; o sediento y te dimos de beber?... En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis... Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed... Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento...? En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo (Mt 25, 34-35. 37. 40-42. 44-45).*

No quiero que ignoréis que Dios vive y tiene nombre propio y concreto en los hospitales, en las cárceles, en cada plaza de tu pueblo, en cada casa familiar. Dios tiene miedo en los campos de batalla y encuentra cobijo en los corazones. A Dios le alcanza la barbarie y el consuelo, el odio y el amor, el desprecio y el abrazo, la indiferencia y la ternura.

## **Dichosos vosotros, los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.**

El Reino de Dios, el paraíso terrenal de la nueva creación, la tierra prometida de la Pascua verdadera, es regalo, es gracia, es plenitud, y representa el don que Dios hace de sí mismo a los pobres.

Dios y su Reino pueden ser amados y acogidos; de Dios y de su Reino podemos gustar; en Dios y en su Reino podemos movernos con entera libertad. El Reino de Dios es para los que acogen su gratuidad y gozan de ella.

No quiero apelar aquí, aunque sería del todo legítimo hacerlo, a la dicha, entremezclada de asombro y gratitud, que habrán experimentado cuantos hombres y mujeres fueron curados por Jesús de Nazaret, pues entiendo que el lenguaje de los milagros es necesariamente ambiguo y, de la misma manera que puede revelar el amor salvador que Dios tiene a todos, puede también inducir a creer que los hombres hemos hallado la manera de poner a nuestro servicio su omnipotencia soberana, de condicionar su libertad, de manipular su voluntad.

Pero sí puedo imaginar la dicha de María de Nazaret, y entrar en su espíritu inundado de gozo, porque Dios se ha fijado en la humillación de su esclava (cf. Lc 1, 39-55). ¡María, pobre y dichosa, porque ha creído! ¡Eva, dueña y desdichada, por su falta de fe!<sup>1</sup>

Y puedo intuir la dicha de aquella pecadora, que se presentó con un vaso de alabastro, lleno de perfume, en casa del fariseo Simón, y allí, se puso detrás de Jesús, a sus pies, y, llorando, comenzó a regarlos con sus lágrimas y a enjugarlos con los cabellos de su cabeza, mientras los besaba y ungía con el perfume. Puedo intuir su dicha por los pecados perdonados, por la salvación recibida, por la paz que se le hace compañera de camino (cf. Lc 7, 36-50).

Y podemos recordar la dicha, que tal vez él no sintió aunque era toda suya, de aquel publicano de la parábola, que acudió al templo a orar y se quedó a distancia, y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador (cf. Lc 18, 9-14). Tal vez él no sintió esa dicha, pues pudo no saber que volvía a su casa justificado, pero la verdad es que la justicia y la dicha iban con él. ¡Dichoso tú, publicano, que nada tienes y todo se te da! ¡Desdichado tú, fariseo, que tanto presumes de tener, y sin nada te vas!

Y podemos imaginar la dicha que sigue al encuentro de Jesús de Nazaret con Zaqueo el publicano (cf. Lc 19, 1-10). Éste no es pobre en la dimensión económica del término, pero sí lo es en su dimensión social y religiosa. ¡Dichoso tú, Zaqueo, que acogiendo en tu casa a Jesús, acoges la salvación!

Como podemos imaginar la dicha, la del cielo y la del criminal que nada puede esperar como suyo si no es la muerte, cuando de boca de Jesús de Nazaret oye las palabras que revelan el don inesperado: Hoy estarás conmigo en el paraíso (cf. Lc 23, 39-43).

### **¡Feliz año nuevo!**

Queridos: Las palabras del saludo que acostumbramos a intercambiar en los primeros días del año, ya no me parecen vacías de sentido.

La gracia ha hecho posible la dicha en el corazón de los pobres. Ya no hay año en el que las bienaventuranzas no sean verdaderas, aunque resulten siempre escandalo-

---

<sup>1</sup> Algo me dice que María de Nazaret no sólo es *dichosa porque ha creído*, sino que también *se hizo pobre por haber creído*; de la misma manera que Eva, no sólo es *desdichada porque no ha creído*, sino que también *se hizo dueña por no haber creído*. La pobreza está hecha de fe y obediencia. Y la riqueza no parece separable de la infidelidad y la desobediencia.

sas. Ya no hay ángeles ni espada llameante que cierren al hombre el camino del árbol de la vida. También éste que acaba de empezar es un año jubilar, porque es año de gracia del Señor.

La gracia ha hecho nuevas todas las cosas, también el tiempo, también nuestros años. Para el que cree, hoy es posible entrar en el reino de Dios, en un mundo según el proyecto de Dios, donde el sol de tu vida, hermano mío, hermana mía, sale para todos, donde el amor incluye a los que sólo han conocido el odio, donde la compasión por la humanidad nunca se separa de la humanidad que sufre la pasión.

El año es dichoso para los creyentes, porque es siempre un año de gracia.

El año es nuevo, porque Cristo es el hombre nuevo de una nueva creación, y, para que formemos parte de ella, nos ha renovado por la fe y nos ha hecho semejantes a él por el amor.

Pero he de decir, terminando, que estas cosas suceden sólo en el país de la fe, y que sólo las entenderán los que creen que es posible atrapar un sueño o subirse a una fantasía o plantar un jardín en el corazón.

El Señor os bendiga y os guarde.

Tánger, 6 de enero de 2009.

+ Fr. Santiago Agrelo Martínez  
Arzobispo de Tánger